

Entrevista a César Rendueles

Cristina Consuegra

«Si entregamos nuestras vidas a los expertos no vamos a encontrar eficacia y racionalidad, sólo subordinación»

CAPITALISMO CANALLA (SEIX Barral, 2015) es la nueva entrega del sociólogo César Rendueles, un libro que explica la historia del capitalismo, del mercado laboral y la práctica política, a través de un recorrido por aquellas lecturas cuyo sedimento ha ayudado al autor a enfrentarse a los dilemas de un tiempo, una cartografía literaria que ejemplifica las variables económicas y políticas del acontecer y que, por lo tanto, ayuda a entender el lugar que debemos ocupar como ciudadanos activos.

Tal como indica en el prólogo, con *Capitalismo canalla* ha intentado «trazar una crónica ficticia de los dilemas políticos de nuestro tiempo mediante novelas, poesías y obras de teatro». ¿La literatura puede llegar a influir hasta tal punto que nos haga dudar sobre nuestra identidad política? ¿Puede llegar a tener esa capacidad más allá de la habilidad para testimoniar un tiempo o ser memoria?

Nunca me ha interesado mucho la literatura comprometida o explícitamente política. Me parece que la ficción no resulta de gran ayuda para explicar la realidad social. Para lo que son más útiles las novelas, las poesías y las obras de

teatro es para sacar a la luz el modo en que percibimos y sentimos esa realidad, son puertas traseras muy eficaces a nuestra subjetividad. Así que tampoco tengo mucha confianza en la capacidad movilizadora de la literatura. De hecho, a veces los libros, los buenos libros, pueden ser extremadamente alienantes. Lo que sí es verdad es que cuando, por el motivo que sea, decidimos cuestionar la facticidad sedimentada que nos rodea, la literatura puede servir como una especie de anabolizante que intensifica esa experiencia.

En diversos momentos del libro, alude al modelo de convivencia social en el que nos encontramos inmersos, una sociedad que necesita ser transformada, demasiado opaca, y desde la que somos incapaces de poner en marcha los procesos de transformación social que están a nuestro alcance. Esa especie de inercia en la que nos encontramos sumidos, ¿viene determinada y medida exclusivamente por el mercado?

Hay un bonito ensayo de Adorno que se titula *Minima moralia* y que tiene un subtítulo muy evocador: *Reflexiones desde la vida dañada*. Me resulta sugerente porque es una especie de reconocimiento de

48



César Rendueles

49

un malestar compartido que a veces no sabemos expresar muy bien. Y que creo que tiene que ver no tanto con lo mal que vivimos como con lo mucho mejor que podríamos vivir, porque está a nuestro alcance material, social y culturalmente. Ese es precisamente el problema de la sociedad de mercado, que ciega esas posibilidades de mejora colectiva porque restringe nuestra soberanía política al convertir el afán de lucro individual en la clave del entramado social.

En el capítulo primero *Robinson Crusoe y el capitalismo canalla* revisa el nacimiento y evolución del mercado y sus consecuencias en la sociedad. En este capítulo, escribe: «El mercado libre no es el resultado espontáneo de un instinto emprendedor innato en la especie humana. Hasta la modernidad, ninguna civilización ha sido tan idiota como para apostar su propia supervivencia material a la ruleta comercial.»

¿Qué mecanismo ha posibilitado esta entrega total al poder económico?

No creo que haya un sólo mecanismo que explique ese cambio. La transición al sistema mercantil ha sido un proceso histórico complejo y de largo recorrido en el que han influido factores financieros, políticos, demográficos, culturales, tecnológicos y religiosos. Pero, como explicó Karl Polanyi, el resultado ha sido un sistema en el que el mercado se ha independizado del resto de relaciones sociales y las ha sometido. En la mayor parte de sociedades la economía sólo puede ser identificada como un momento de otro tipo de procesos: familiares, religiosos... La racionalidad económica está así modulada por consideraciones normativas de otro orden. En nuestra sociedad ocurre lo contrario: nuestras expectativas políticas y morales están limitadas por el imperio del mercado.

En este mismo apartado, escribe sobre la domesticación de las instituciones

«Nunca me ha interesado mucho la literatura comprometida o explícitamente política. Me parece que la ficción no resulta de gran ayuda para explicar la realidad social.»

sociales, su sometimiento al mercado y lo que es más peligroso, cómo éste se ha metido en nuestras venas, cómo forma parte de cada latido. ¿Hay vuelta atrás?

Sí, claro que la hay. Estoy muy seguro porque es algo que ya ha ocurrido en el pasado. El capitalismo es un sistema muy complejo que solemos caricaturizar. En algunas de sus modalidades, como los estados de bienestar escandinavos, ha convivido con procesos de desmercantilización parcial bastante ambiciosos. No idealizo el keynesianismo fordista, pero me parece importante recordar que después de la Segunda Guerra Mundial las clases trabajadoras abrieron caminos de transformación social que muy poco antes parecían imposibles y que si décadas después se abandonaron fue a causa de una derrota política, no de su inviabilidad práctica.

En el capítulo de cierre, y en relación con la burbuja inmobiliaria española, dice, «El capitalismo se nos metió en el cuerpo como una enfermedad infecciosa. Y nos lo llevamos a nuestra casa y a nuestro trabajo». ¿Cómo impedir nuevas burbujas que incrementen el suelo de pobreza y genere individuos frágiles, vulnerables?

En realidad, es relativamente sencillo. De nuevo, sabemos cómo hacerlo porque ya lo hemos hecho, Keynes hablaba

de la *eutanasia del rentista*. Para eliminar las formas más monstruosas y dañinas de especulación seguramente bastaría con gravar levemente las transacciones financieras. Existen también propuestas perfectamente viables para acabar con el capitalismo patrimonial, como el impuesto mundial sobre la riqueza de Thomas Piketty. El sustrato político de cualquier iniciativa en esa dirección es la comprensión de que el igualitarismo es un elemento esencial de la democracia, que hay niveles de desigualdad que son completamente incompatibles con la organización democrática de una sociedad.

En *Gente baldía y usureros del tiempo*, propone una profunda y urgente reflexión sobre la condición laboral en la actualidad. El modelo profesional nos aleja de nuestra condición humana, de habilidades relacionadas con el cuidado y la crianza, como si esta sensibilidad fuera nociva para lo profesional. ¿Qué efecto tiene esa impermeabilidad en las relaciones interpersonales? ¿Por qué el mercado laboral se empeña en generar individuos infelices e incompletos?

El mercado de trabajo funciona como una homogeneizadora social que iguala toda clase de actividades y le confiere o no el estatus de trabajo en función de un único criterio: la remuneración. Para algunas cosas funciona razonablemente bien, para otras increíblemente mal. Creo que necesitamos dotarnos de las herramientas necesarias para llevar la democracia también al ámbito laboral. O sea, crear un marco institucional para decidir qué es trabajo y qué no y que mecanismos empleamos para decidir quién lo realiza y en qué condiciones. Lo que hacen los especuladores no es trabajo en ningún sentido razonable, justo al contrario que el trabajo de cuidados no asalariado, también hay labores penosas que seguramente tendríamos que compartir. Ese objetivo no se puede conseguir con una única herramienta mágica sino a través de una pluralidad de intervenciones contingentes que apuntan en

esa dirección: topes salariales, subsidios no condicionales, cogestión de las empresas, intervenciones públicas desmercantilizadoras, prestaciones sociales obligatorias...

¿Por qué el mercado ha sumado tareas innecesarias al significado del trabajo?

Porque trata el trabajo como algo que no es, como una mercancía. Polanyi decía que en nuestra sociedad el trabajo era una “mercancía ficticia”, una falsa mercancía, porque era una forma de designar las propias capacidades humanas, que no habían sido creadas en el mercado ni para el mercado.

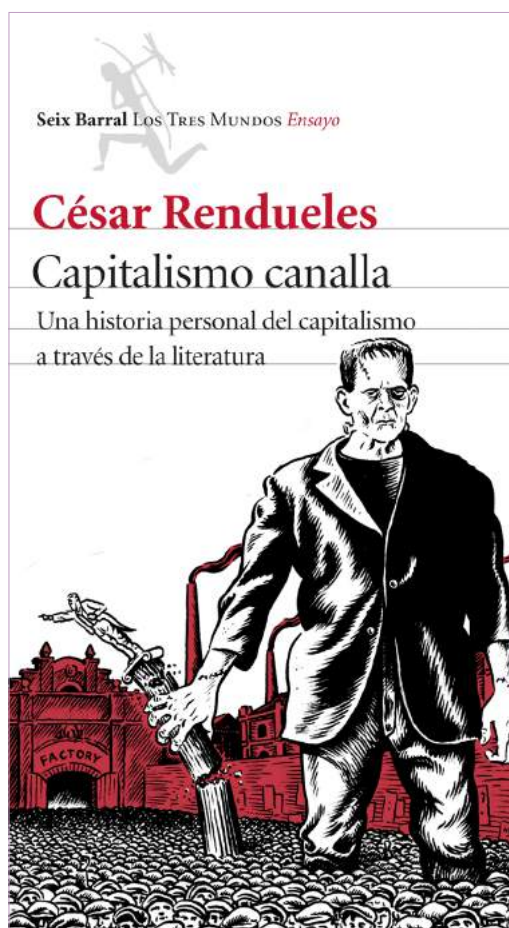
En la lucha final, escribe: «Desde el capitalismo la emancipación sólo puede venir de un proyecto constructivo» y «La democracia no tiene tanto que ver con ponerse de acuerdo como con pensar en común». ¿Qué podemos hacer para lograr ese sumatorio de fuerzas, ese pensamiento solidario y sinérgico?

Creo que la gran victoria del neoliberalismo fue convertirnos en sociedades frágiles e individualistas. No estoy muy seguro de cómo se sale de ahí. Hay cierta espontaneidad del vínculo social que es irrebable. Lo que sí que podemos hacer es tratar de extender y fortalecer las instituciones que median en las distintas dimensiones de la vida ciudadana: cooperativas y sindicatos en el ámbito laboral, grupos vecinales y profesionales, redes de afinidad, asociaciones educativas...

51

La vieja práctica política muestra dificultades para llegar a una parte de la ciudadanía que será responsable de parte del futuro, incluso, para entender el propio acontecer. «La imposibilidad de emplear el lenguaje del presente para nombrar e imaginar el mundo nuevo que llevamos en los corazones». ¿Hasta cuándo aguantarán estas arcaicas variables?

A lo que me refería es a que las tradiciones emancipatorias clásicas infravaloraron las dificultades que tenemos para pensar



un escenario de ruptura radical. Creo que es perfectamente razonable que sea así, hay un conservadurismo antropológico con aspectos muy saludables y que es una fuente de resistencia al capitalismo. Santiago Alba Rico suele decir que un proyecto de izquierda factible tiene que ser revolucionario en lo económico, reformista en lo institucional y conservador en lo antropológico. Estoy de acuerdo.

Usted describe ampliamente la actual organización del trabajo, organización creada al amparo de la óptica capitalista. «El Esclavismo no es un residuo del mundo antiguo, sino un elemento central del desarrollo capitalista». ¿Cómo se puede combatir estas prácticas indignas?

En esa frase hablaba de un hecho histórico concreto y bien conocido: la servidumbre y el esclavismo desempeñaron un papel esencial en el desarrollo del sistema económico capitalista. Con eso no quiero decir que el trabajo asalariado sea una forma de esclavismo, porque es

evidente que son realidades completamente diferentes. Pero creo que pensar en ese pasado nos ayuda a entender la exotividad del trabajo asalariado y tal vez a imaginar alternativas.

¿Cómo separar lo político de lo económico?

Para mí la cuestión es más bien cómo someter lo económico a la política democrática. La mayor parte de los economistas ortodoxos insisten en la necesidad de despolitizar las decisiones económicas, es decir, proponen que esas decisiones se tomen sobre una base puramente técnica. Por eso se supone que los presidentes de los bancos centrales actúan con independencia del poder político. Es una falacia, por supuesto. Lo que ocurre es que cierto tipo de política, elitista y plutocrática, está incrustada en los fundamentos mismos de las teorías económicas dominantes, con lo que la defensa de esos intereses parece un asunto puramente técnico. Si entregamos nuestras vidas a los expertos no vamos a encontrar eficacia y racionalidad, sólo subordinación.

¿Queda alguna revolución sostenible?

Bueno, creo que la izquierda clásica se obsesionó demasiado con las dimensiones atléticas del cambio político. La épica de las barricadas y las manifestaciones. A mí lo que me interesa más es saber qué pasa el día después, cuando la gente vuelve a sus casas, o sea, los aspectos concretos de la transformación política: ¿Habrá permisos de paternidad? ¿De qué duración? ¿Y transporte privado? ¿Existirán créditos inmobiliarios? ¿Y sistema parlamentario? ¿Prohibiremos el agua embotellada? Cosas así. —

**«Para eliminar las formas
más monstruosas y dañinas
de especulación seguramente
bastaría con gravar levemente las
transacciones financieras.»**